

DALEY BRIAN E., *Cristo, el Dios visible. La fe de Calcedonia y la cristología patristica*, Ed. Sígueme, Salamanca 2020, 381 pp.

Esta es la paradoja que tuvieron que afrontar y explicar los Padres a lo largo del primer milenio de la era cristiana: que, en Cristo, se hace presente y actúa Dios mismo enteramente como hombre siendo enteramente Dios. O como decía Máximo el Confesor: “En Jesús, Palabra hecha carne, nos encontramos con Dios viviendo ‘humanamente’, así como con un hombre que existe ‘divinamente’”. O, dicho de otra forma, “era divino de un modo humano, y humano de manera divina”. Para aclarar esta paradoja humanamente irresoluble se convocaron, mejor dicho, los emperadores, para salvaguardar la paz y unidad de la Iglesia y la estabilidad política y social del imperio, convocaron los siete primeros concilios ecuménicos, patrimonio de (casi) todas las confesiones cristianas, desde Nicea I (325) a Nicea II (787), con su centro en Calcedonia (451). En realidad, la verdadera impugnación del significado de lo que posteriormente, a partir del siglo XVII, se llamó la cristología, la hizo Arrio (+ 336), y para combatirla el emperador Constantino I

